

La burguesía como sujeto histórico. Un estado de la cuestión

Lucas Daniel Iramain*

Resumen

La cuestión de la burguesía como actor social ha ocupado un lugar de reflexión destacado en las Ciencias Sociales y ha suscitado acerbos polémicas. Este trabajo se propone pasar revista a algunas de las principales controversias originadas en torno a la compleja conceptualización de la burguesía en tanto “sujeto histórico” y, al mismo tiempo, recuperar una serie de trabajos que permitan el establecimiento de una adecuada estrategia teórico-metodológica para su abordaje.

Palabras clave: Burguesía – Empresarios – Capitalistas – Sujeto histórico.

Keywords: Bourgeoisie – Business – Capitalists – Historical subject.

Introducción

La cuestión de la burguesía como actor social ha ocupado un lugar de reflexión destacado desde los albores mismos de las Ciencias Sociales. La mayoría de las veces el tono de los análisis ha cobrado un cariz polémico capaz de suscitar los más reñidas debates., y, en general, sus conclusiones se han caracterizado más por sus discrepancias que por el alcance de ciertos consensos básicos. Ello ha obliterado, en muchos casos, el establecimiento de una adecuada estrategia teórico-metodológica susceptible de arribar a resultados relativamente aceptados por el grueso de la comunidad académica.

En ese sentido, el presente artículo tiene como propósito pasar revista a algunas de las principales controversias motivadas en torno a la compleja conceptualización de la burguesía, los capitalistas o los empresarios (según las distintas denominaciones

* Lic. en Sociología (UBA), Magíster en Sociología Económica (IDAES-UNSAM), Doctorando en Ciencias Sociales (UBA). Becario interno de posgrado tipo II del CONICET con sede en el CESE-IDAES-UNSAM y bajo la dirección de la Dra. Ana Castellani. Docente de la UBA y la UNSAM. E-mail. lucasiramain@yahoo.com

esgrimidas por las diversas perspectivas teóricas) como “sujeto histórico”. Sin pretensión de exhaustividad, se procura identificar algunas de las principales líneas de investigación que han abordado dicha temática haciendo hincapié en sus rasgos característicos, la presencia o no de un potencial transformador de la estructura económico-social, sus crisis, etc. Para ello se ha recurrido a una serie de trabajos y autores que han tratado tal problemática desde diferentes enfoques conceptuales e ideológicos.

La mayoría de tales enfoques si bien divergen en sus respectivas conclusiones, tienen como común denominador el hecho de emprender el estudio de la burguesía desde una perspectiva relativamente acotada, que circunscribe el abordaje a pocas dimensiones de análisis. Así, a grandes rasgos, se destacan, en primer lugar, aquellas interpretaciones (como por ejemplo la expresada por los clásicos del marxismo) que se han centrado en los aspectos económicos como definitorios tanto del comportamiento político como de las representaciones ideológicas de la burguesía. Por otro lado, se encuentran los análisis que, en lugar de posar la mirada sobre el lugar que detentan los capitalistas en el seno de la estructura económica, han puesto el acento sobre los factores culturales (status, prestigio, ideas, valores, etc.) como determinantes de su acción social.

Otras interpretaciones significativas han hecho hincapié en factores netamente políticos, especialmente en aquellos que tienen que ver con el rol que el Estado y las políticas públicas han desempeñado en el surgimiento y consolidación de la burguesía como un actor social relevante o, por el contrario, cómo lo estatal ha conspirado contra el ascenso de un empresariado fuerte y dinámico. Asimismo, se constata la presencia, sobre todo en los países periféricos, de una serie de estudios, en particular aquellos inspirados en la llamada “teoría de la dependencia”, cuyo foco de atención se halla situado en los constreñimientos derivados de la política internacional y de la posición geopolítica que las distintas naciones ocupan en el concierto mundial.

El trabajo se halla organizado de la siguiente manera: un primer apartado está dedicado a rastrear las principales teorizaciones generales en torno a la burguesía de los países centrales y algunas referencias a la de las naciones latinoamericanas; mientras que una segunda sección está destinada a exponer las principales interpretaciones que se han forjado en el ámbito académico local sobre el caso argentino. Finalmente, un tercer

apartado está destinado a efectuar unas someras consideraciones finales de índole teórico-metodológica acerca del estudio de la burguesía como actor social.

La burguesía en los países centrales y en América Latina

Tal como se mencionó en la introducción la cuestión del papel de la burguesía como sujeto histórico siempre ha sido uno de los temas más espinosos y que más disputas ha suscitado en las Ciencias Sociales. Su carácter problemático se remonta, al menos, a los primeros trabajos de Marx y Engels. Tal es el caso, paradigmático, de *El Manifiesto Comunista* de 1848. En esta obra se exaltan todas las virtudes de la burguesía como agente movilizador del cambio social en las primeras naciones industriales. En la primera parte de este escrito *político-panfletario* (“Burgueses y proletarios”) se lleva a cabo una verdadera apología de la burguesía, donde se resalta el papel revolucionario que habría desempeñado en la historia, como motor de la expansión civilizatoria. La burguesía, según Marx y Engels, habría elevado al “éxtasis” el papel civilizatorio (Feinmann, 2008:172), socavando las viejas estructuras económicas y políticas, al mismo tiempo en que habría sido capaz de producir un creciente sometimiento de las fuerzas de la naturaleza por medio de los modernos avances de la ciencia y la técnica occidentales.

Pero ese potencial revolucionario de la burguesía, sólo se tornaría inteligible desde la perspectiva dialéctica adoptada por Marx y Engels. El largo aliento de la influencia hegeliana, lograría que dichos autores, vieran en la burguesía al sujeto que vendría a cumplir en el devenir histórico el momento de la *negatividad*, el de la *destrucción y muerte* (Feinmann, 2008:166) de las relaciones sociales e instituciones propias del modo de producción feudal. Ese carácter revolucionario sería un elemento *inmanente* que se hallaría más allá de las voluntades particulares, y por ende, haría de la burguesía, en una primera instancia, un agente transformador bajo cualquier circunstancia:

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de producción, que tanto vale decir el sistema todo de producción, y con él todo el régimen social (...) La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes (Marx y Engels, [1848]1932: 63-64).

En otras palabras, la burguesía sería la fuerza dialéctica que niega todo lo consagrado, lo establecido, “profanándolo” de un modo sin precedentes.

Asimismo, ese papel revolucionario de la burguesía conllevaría una dimensión profundamente “globalizadora” (Feinmann, 2008: 164). La burguesía sería portadora de una *necesidad* de expansión perpetua como condición de posibilidad de su existencia en tanto clase social en ascenso. Dicha necesidad se materializaría en el desenvolvimiento de un mercado mundial y en la difusión a escala planetaria de las relaciones sociales capitalistas¹. De tal manera, “espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes” (Marx y Engels, citado en Feinmann, 2008:168). Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía habría teñido de un sello cosmopolita a la producción y al consumo, barriendo con gran parte de los localismos que en las distintas latitudes se erigían en una verdadera traba al desarrollo del capitalismo. Por ello, Marx y Engels no hesitaban en afirmar que la burguesía, al desarrollar todos los medios de producción y llevar a cabo un perfeccionamiento constante de las vías de comunicación, “lleva la civilización hasta las naciones más salvajes” (Marx y Engels, [1848]1932: 64).

De allí que ese afán globalizador de la burguesía sería concebido como la expresión cabal del *progreso*, de la marcha inexorable de la *Historia*. Empero, la burguesía no sería el momento de clausura del horizonte histórico, sino que engendraría a su polo antagonista (Feinmann, 2008: 168). Es decir, el proceso dialéctico no se detendría con el advenimiento de la burguesía, sino que la misma daría lugar al surgimiento del proletariado y crearía las condiciones de posibilidad para la instauración del socialismo.

Esta descripción ofrecida originalmente por Marx y Engels, habría de ser objeto de controversia y reformulación en el ulterior debate político e intelectual en torno a las llamadas “burguesías nacionales”. Tal como señala Chibber (2005), en el seno de la tradición marxista se habrían de cifrar tres conjuntos de “esperanzas” sobre la burguesía nacional en tanto sujeto histórico. La primera de ellas se centraba en la importancia que tendría, en una primera instancia, para los capitalistas nacionales la constitución de un

¹ Sin embargo, no hay que dejar de ponderar la importancia que revistieron (y que en ciertas zonas del planeta todavía revisten) las relaciones de esclavitud y semiesclavitud para el funcionamiento del sistema capitalista.

mercado interno amplio y vigoroso donde colocarían la mayor parte de su producción industrial y, por ende, del cual obtendrían la mayor parte de sus ingresos. Dado ese supuesto interés asociado a la expansión de un mercado interno, resultaba plausible para ciertas corrientes marxistas postular a la burguesía local como el “pivote” de una estrategia de desarrollo nacional y autónomo (Chibber, 2005: 227-228).

Siguiendo esa línea de razonamiento, se desprendía cierta “confianza” vinculada con el presunto interés que tendría la burguesía nacional, dada su “dependencia” del mercado interno, de oponerse a la intromisión económica de capitales externos. En ese sentido “la burguesía nacional contrastaba inevitablemente con la burguesía ‘compradora’², la cual a causa de sus vínculos con las empresas de la metrópoli era considerada como irremediabilmente ligada a los intereses imperiales” (Chibber, 2005: 228. Traducción propia).

Una última “esperanza”, que retomaba los planteos de Marx y Engels, avizoraba que la burguesía nacional, en su territorio, habría de erigirse en la “punta de lanza” para el trastocamiento de las relaciones sociales precapitalistas que obliteraban la constitución del modo de producción capitalista.

Empero, tal como destaca Chibber (2005), el desarrollo económico y político de las últimas décadas en los países “periféricos”, en especial los de América Latina, habría puesto en tela de juicio esas esperanzas urdidas en torno a la burguesía nacional. En primer lugar, los capitalistas nacionales habrían mostrado, en no pocas ocasiones, una escasa inclinación a la hora de participar en un ataque frontal a las relaciones sociales precapitalistas; ya que éstas habrían sido, en muchos casos, funcionales al propio proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital, el cual se habría servido, entre otras cosas, de la explotación de mano de obra esclava o semiesclava.

Además también se habría cuestionado la existencia de una nítida separación en el seno de la burguesía doméstica entre una fracción “nacional” con asiento en la industria y otra “compradora” cuya inserción estructural estaría ligada a una economía agroexportadora e importadora de manufacturas. Si bien hubo distintos intereses asociados a las diferentes relaciones entabladas con las empresas de los países metropolitanos, los capitalistas locales parecieran haber estado a gusto desempeñando

² Con el término *compradors* se alude a una fracción particular de la burguesía, la cual estaría caracterizada por cierto vínculo privilegiado con los principales países capitalistas, exportando hacia ellos materias primas y/o importando en el mercado local los bienes manufacturados por dichas naciones.

simultáneamente ambos roles; es decir, por un lado, tratando de proteger su mercado local de la competencia externa, mientras al mismo tiempo procuraban tender vínculos con las grandes empresas transnacionales.

Y, en lo fundamental, se habría erosionado el supuesto de que los capitalistas locales son *per se* “aliados naturales” de cualquier esbozo de un proyecto de desarrollo nacional. La experiencia histórica reciente habría mostrado como los capitalistas locales se habrían encontrado en permanente tensión con las tentativas de intervención económica del Estado. Por un lado, habrían celebrado y promovido la obtención de una ingente masa de recursos bajo la forma de subsidios estatales de diversa índole; mientras que por otro, habrían tratado de sabotear cualquier medida que afectara sus prerrogativas en el manejo de la inversión (Chibber, 2005: 242).

Otra de las corrientes paradigmáticas abocadas al análisis del rol del empresario en las sociedades modernas, ha sido la inaugurada por Joseph A. Schumpeter. Desde una perspectiva teórica e ideológica diferente a la del marxismo, propuso una mirada que iba más allá de los postulados de la economía neoclásica que concebían a los empresarios como meros agentes racionales encargados de organizar los factores de la producción y orientados a la maximización de las ganancias. Para Schumpeter el empresario sería aquel agente innovador que asume riesgos y lleva adelante *nuevas combinaciones* de manera más apropiada y ventajosa (invención o descubrimiento de nuevos productos, desarrollo de nuevos procesos para la producción de los bienes ya existentes, la apertura de nuevos mercados de exportación, etc.) (Schumpeter, [1911] 1957: 139). De este modo, Schumpeter presentaría una visión “heroica” del empresario, en la cual éste sería la encarnación de un tipo de comportamiento signado por la *construcción creativa*, que contrastaría con la conducta de *adaptación pasiva* que caracterizaría al resto de los agentes económicos (López, 2006: 41). Esta concepción heroica tendría importantes puntos de contacto con la apología marxiana de la burguesía como transformadora continua de las fuerzas productivas de la sociedad.

Desde otro enfoque heterodoxo dentro de la teoría económica, John M. Keynes también dedicó algunas reflexiones sobre el papel del empresario en la economía de mercado. Para este autor los empresarios serían personas dotadas de un particular “temperamento sanguíneo” proclive a la asunción de riesgos y la búsqueda, más allá de cualquier retribución monetaria, de satisfacción mediante la concreción de sus

“impulsos creativos”. Mediante esa alusión al *espíritu empresario* impetuoso, optimista y cargado de una “energía animal”, Keynes pondría en tela de juicio la concepción ortodoxa del *homo economicus* portador de una racionalidad perfecta y que toma decisiones en condiciones de información completa. El rol del empresario estaría más asociado con el azar en la realización de sus proyectos que con la ejecución de precisos cálculos racionales (López, 2006: 42). Para Keynes, los hombres de negocios jugarían un juego que adoptarían como “estilo de vida”, en rigor una “lotería”, que consistiría en una:

(...) mezcla de habilidad y suerte, cuyo resultado medio para los jugadores es desconocido para quienes participan en él. Si la naturaleza humana no sintiera la tentación de probar suerte, ni satisfacción (abstracción hecha de la ganancia) en construir una fábrica, un ferrocarril, una mina o una hacienda, no habría mucha inversión como resultado simplemente de cálculos fríos (Keynes, [1936] 2007: 133).

Muchas de las explicaciones que circularon para dar cuenta del comportamiento de la burguesía, en particular en los países latinoamericanos, asumirían el supuesto de que ésta necesariamente debía liderar un proceso de transformación “modernizadora” (desarrollo económico en democracia); ese fue el caso de las interpretaciones basadas en factores culturales (etnias, religiones, tradiciones, etc), que en gran medida eran tributarias de la clásica obra de Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*³(1904-1905). Éstas interpretaciones aducían que las burguesías latinoamericanas habrían pecado de “falta de conciencia” sobre su rol de liderazgo, siendo temerosas de asumir los riesgos políticos y económicos que el mismo conllevaría. Además, no sólo se les imputaría una “falta de conciencia”, sino una mirada y una conducta cortoplacista en busca de ganancias especulativas y un patrón de consumo ostentoso y despilfarrador que atentaría contra las inversiones de carácter productivo (Acuña, 1994: 47).

A menudo, las explicaciones “culturalistas” enfatizaron que la carencia de una burguesía capaz de motorizar el proceso de modernización, se debía a que en América

³ Cabe recordar que fue Max Weber quien asoció el origen del *espíritu capitalista* con ciertos rasgos de la *ética protestante* que había surgido con la aparición del calvinismo y otras sectas del protestantismo ascético. Esta interpretación fue propuesta por Weber en un contexto histórico en el cual se debatía el surgimiento o no de “actitudes empresariales” (*entrepreneurship*) en la Alemania de fines del siglo XIX y comienzos del XX (López, 2006: 43).

Latina las burguesías no habrían logrado constituirse en el grupo social de mayor “status” de esas sociedades, dada la presencia de cosmovisiones poco propicias para el desenvolvimiento del capitalismo. El peso de la herencia hispánica, de su atraso relativo y de valores ligados al catolicismo, se habrían erigido en pesados lastres para los capitalistas locales. Ese entramado cultural que seguiría colocando en el sitial más elevado a las “oligarquías terratenientes”⁴, haría que no se tuviera en gran estima la función social que estaría llamada a cumplir la burguesía. De ahí que los capitalistas latinoamericanos, en su búsqueda de un mayor reconocimiento social, imitaran en gran medida el comportamiento especulativo, cortoplacista y consumista de aquellas (Acuña, 1994: 48).

Ese comportamiento habría tenido, a su vez, serias consecuencias para la propia reproducción de las burguesías latinoamericanas en tanto clase social. Es decir, el consumo ostentoso y la no reinversión de las utilidades en el ciclo productivo habrían socavado los intereses de largo plazo de estas burguesías. Asimismo, ello implicaría a nivel político que el Estado no hubiera sido controlado por los representantes de la burguesía, sino que habría quedado bajo la égida de las más “rancias oligarquías” conservadoras, o bien habría llevado al surgimiento de regímenes “populistas” de tinte autoritario (Acuña, 1994: 47).

Otras interpretaciones, provenientes de la “teoría de la dependencia”, han señalado que la fase “imperialista” del desarrollo del capitalismo y la concomitante presencia de empresas transnacionales en los países periféricos se habrían erigido en severas interdicciones para la autonomía de las burguesías locales y, por ende, para la posibilidad de que éstas lideraran un proceso de desarrollo nacional autónomo. Sin embargo, la creciente radicación de “intereses externos” en el seno de los países periféricos, no habría impedido el desarrollo de éstos últimos, sino que daría lugar a una suerte de “desarrollo dependiente” que provocaría distintos clivajes en el seno de los capitalistas de dichas naciones; por un lado, entre aquellos grupos vinculados a las firmas transnacionales más dinámicas y al mercado internacional, y por otro, los grupos ligados a los sectores económicos de menor dinamismo relativo, de propiedad local y de producción mano de obra-intensiva (Cardoso y Faletto, [1969] 1999: 161-166).

⁴ Vale aclarar, que muchos de los trabajos que se abordarán a continuación y en la segunda sección de este trabajo hacen alusión a la noción de oligarquía, como si se tratara de un grupo o sector social, cuando en realidad es un concepto que refiere a una forma de ejercicio de la dominación política.

No obstante esa contribución no desdeñable proporcionada por el marco teórico “dependentista” para aprehender el comportamiento de las burguesías de los países periféricos, ese enfoque se habría transformado, como señalarían algunos autores, en el terreno fértil para la proliferación de numerosas simplificaciones y reduccionismos. Una de esas simplificaciones habría sido la de “(...) concebir al capital internacional y al imperialismo como demiurgos todopoderosos que implican, entre otras cosas, la carencia de toda autonomía de la burguesía local” (O’Donnell, [1978] 2008: 154).

La burguesía vista a la luz del caso argentino

El caso argentino, sería un ejemplo más que elocuente de la presencia de interpretaciones de índole “culturalista”. El libro de José Luis De Imaz, *Los que mandan* (1964), sería paradigmático de este tipo de explicaciones acerca de la incapacidad de los empresarios industriales de constituirse en un factor real de poder, como sí lo serían las Fuerzas Armadas y la Iglesia católica. Ello se debería a distintas cuestiones. La primera de ellas, y tal vez la más relevante, sería el hecho de que los empresarios industriales conformarían un grupo relativamente “nuevo” en la sociedad argentina, con escasa conciencia y falta de normas comunes, y con un nivel de organización y una toma de conciencia de sus intereses reales deficiente y un tanto difusa. Esto implicaría que: “los empresarios siguen creyendo que cada cual tiene ‘su’ propia fuerza, que cada cual tiene ‘sus’ objetivos. Que cada cual debe buscar ‘su’ rédito y beneficio personal, que no pasan precisamente por estructuras comunitarias” (De Imaz, 1964: 156. Comillas en el original).

A esto se le añadirían otros elementos tales como: la diversidad interna del conjunto de empresarios industriales (sucursales grandes de capital internacional y empresarios vernáculos); las diferencias de tipo personal y de origen social; su escasa conciencia objetiva y vocación por ejercer el poder político; su asimilación a las pautas culturales propias de las “viejas clases altas”; la falta de liderazgo; etc. (De Imaz, 1964: 154-163).

La obra de Dardo Cúneo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, (1967), sería otro conspicuo ejemplo de ese tipo de explicaciones basadas en cuestiones de status y prestigio social. Luego de analizar el comportamiento de la “clase empresaria” a través de sus agrupamientos corporativos institucionales, se encargaría de señalar que en

la Argentina se habría asistido a una suerte de “crisis” de dicha clase debida, en parte, a su “incapacidad tradicional”, “desinterés”, “oportunismo” e “inmadurez” para comportarse con arreglo a “criterios de inspiración nacional y de época”. Asimismo, sostendría que las instituciones tradicionales del gremialismo empresario “han comparecido como herederas de los organismos que agruparon, a su hora, a los personeros de la colonización británica” (Cúneo, 1967: 13).

El estancamiento de la clase empresarial se evidenciaría, según Cúneo, por el hecho de que los industriales habrían sido impotentes a la hora de establecer sus propios proyectos con un sentido plenamente industrialista, ya que siempre se habrían hallado a la zaga de los designios políticos de la clase terrateniente. Históricamente habrían actuado bajo la presión del llamado “prestigio social del terrateniente”, de ahí que aseverara que “el industrial no acierta en crear su propio prestigio, sus propios módulos, su propia conducta para interpretar al país” (Cúneo, 1967: 278). En ese sentido, el autor al hacer foco en la cuestión del *status social*, sostendría que:

En la declinación que hace el industrial en procura de prestigio social prestado, no queda lugar para su postulación económica. Este accidente se registrará en todos los cursos y en casi todos los niveles de la modalidad empresaria. Es uno de los motivos para que Argentina no contara, en su vida nacional, con la necesaria dinámica impartida por criterios propios de una burguesía industrial. La posibilidad de ésta quedó adscripta al encantamiento derivado de los criterios del terrateniente y compartidos por la tradición del industrial (Cúneo, 1967: 278).

También se destacaría que, usualmente, los empresarios industriales habrían asumido un rol más ligado al de un “especulador” que al de un empresario en sentido estricto, con vocación de desarrollo con eje en la aplicación de las modernas técnicas de producción y en aras de la expansión de un vasto mercado interno. En esa línea, Cúneo afirmaría que el industrial argentino no se habría asentado en:

(...) una industria para desarrollarla en los niveles de técnica correspondiente a la época y en los panoramas potenciales del país, sino que se apresura en agotar oportunidades de mercado fácil; no se orienta hacia aspectos básicos de la producción moderna, ni a habilitar perspectivas de recreación; no se preocupa en consolidarse como burguesía nacional; lejos pues, de razonar los conflictos del desarrollo argentino (Cúneo, 1967: 280).

Las interpretaciones que postularían un comportamiento especulativo, rentístico y cortoplacista habrían de calar hondo en gran parte de los intelectuales argentinos, incluso en aquellos que no apelarían explícitamente a los factores culturales para dar cuenta de la configuración de ese tipo de conducta. En ese sentido, muchos analistas habrían de señalar el “escaso fuego revolucionario” que habría evidenciado la burguesía local en contraposición con el ímpetu transformador que habría caracterizado a las burguesías de los países centrales (Peña, 1974: 47)⁵. La burguesía local habría carecido por completo de un carácter *schumpeteriano*, siendo incapaz de devenir en una “auténtica” burguesía nacional que liderara un proceso de acumulación basado en la innovación y la inversión en capital físico y humano. Por el contrario, habría desplegado un comportamiento limitado a aprovechar las oportunidades abiertas por las sucesivas “burbujas” de crecimiento que se habrían suscitado a lo largo de la historia argentina (Nochteff, 1994: 37-40), dando muestras rotundas de una conducta oscilante, con tendencia al “posibilismo” y al compromiso con las clases dominantes y el imperialismo (Galetti, 2004: 27).

Sin embargo, otros estudios que enfatizarían la ausencia de un proceso de desarrollo autónomo y sostenible apuntalado por una burguesía nacional, presentarían como elementos explicativos de ese déficit a factores políticos, como la correlación de fuerzas entre las distintas clases sociales y fracciones de clase y la falta de apoyo estatal. Históricamente estos estudios identificarían el surgimiento de una burguesía nacional con el desarrollo del proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) que se inició con fuerza en la década de 1930, pero que cobró nuevos bríos en especial a partir de la segunda posguerra. Ese nuevo sujeto que habría crecido al calor de la ISI se expresaría a nivel corporativo –fundamentalmente a partir de los primeros años de la década de 1950- en la Confederación General Económica (CGE), al mismo tiempo en que habría de transformarse en uno de los pilares sobre los cuales habría de asentarse una *alianza policlasista* con los trabajadores asalariados, cuya manifestación política más emblemática habría sido el peronismo.

⁵ Algunos autores como Milcíades Peña han señalado la articulación de intereses que se habría dado en la Argentina entre la burguesía industrial y la clase terrateniente. Incluso autores como Adolfo Dorfman, también han destacado la “falta de independencia” de los industriales respecto a los propietarios de la tierra, tal es así que: “La clase industrial argentina no ha nacido libre. Depende estrechamente de la tierra y se siente ligada con sus usufructuarios por más de un lazo de consanguinidad y semejanza (...) el cordón umbilical que las une a los terratenientes es fuerte y potente” (Dorfman, citado en Peña, 1974: 24-25).

Para estos trabajos, el hecho de que esa incipiente burguesía nacional no se hubiese constituido en un baluarte del desarrollo nacional se explicaría más por cuestiones de índole política. Es decir, durante buena parte de la segunda posguerra dicha burguesía habría evidenciado avances parciales para nada desdeñables (en particular, durante el período 1964-1974), pero que nunca habrían logrado consolidarse; en parte como resultado de la crónica inestabilidad institucional y los consecuentes cambios de política económica que afectaron a la Argentina, así como también por la férrea oposición que habrían ejercido los actores económicos más tradicionales, en especial la llamada *oligarquía diversificada*⁶ (Basualdo, 2003:17)

Si bien la burguesía nacional ya habría sufrido un primer redimensionamiento durante la segunda fase de la ISI comenzada a fines de los años '50, como producto de la creciente radicación de empresas transnacionales en el mercado doméstico, la verdadera crisis de la burguesía nacional se habría de producir a partir del quiebre abrupto del patrón de acumulación con base en la ISI que se sucedió tras el golpe de Estado de 1976.

Una de las versiones más difundidas acerca de esa crisis haría especial hincapié en el cambio en la correlación de fuerzas que habría impulsado la contraofensiva desplegada por los sectores dominantes que se apropiaron, con la “ayuda” militar, del aparato del Estado (oligarquía terrateniente más tradicional, *oligarquía diversificada* y el capital transnacional) para desarticular de una vez por todas la alianza “populista” entre la burguesía nacional⁷ y la clase trabajadora, e inclinar, de ese modo, definitivamente el fiel de la balanza a su favor. Esa “revancha clasista” habría sido posible mediante el terrorismo de Estado y la aplicación de una política económica de cuño neoliberal cuyo objetivo implícito habría sido la desarticulación de las bases estructurales de dicha alianza, a partir de desplazar el eje de acumulación del capital desde la producción industrial hacia la *valorización financiera* (Basualdo, 2001: 30). Es decir, que esa mutación en el patrón de acumulación y reproducción ampliada del

⁶ Basualdo entiende por *oligarquía diversificada*, a una fracción de la oligarquía terrateniente tradicional que habría destinado una parte de la renta de la tierra para insertarse en otras actividades neurálgicas de la estructura económica argentina (comercio, finanzas, industria). Además, y dada esa creciente inserción multisectorial, sería la que detentaría la hegemonía dentro de los sectores dominantes (Basualdo, 2003: 16-17).

⁷ Para esta versión, se entiende por burguesía nacional a aquella fracción del capital vinculada con el abastecimiento del mercado interno (para el cual produce, principalmente, bienes de consumo popular) y cuyo ciclo de acumulación del capital se circunscribe a las fronteras nacionales (Basualdo, 2003: 14).

capital habría pivotado sobre un férreo control del aparato del Estado. La disgregación de la burguesía nacional se habría profundizado en las décadas siguientes al golpe militar, en especial con la política económica aperturista implementada por el gobierno de Menem. Con la misma se habría terminado de socavar las bases estructurales de la burguesía nacional y se habría llevado al paroxismo el proceso de financiarización y extranjerización de la economía argentina (Basualdo, 2001: 63; Basualdo, 2003: 21).

Otra de las versiones que también sindicaría al golpe de Estado de 1976 y a la política económica antiindustrialista aplicada por Martínez de Hoz como una verdadera bisagra en la historia argentina reciente sería la presentada por Jorge Schvarzer. Sin embargo, este autor, a diferencia del enfoque desplegado por Basualdo, señalaría que históricamente habrían existido dificultades mucho antes del golpe de Estado de 1976 para el avance de una burguesía productiva o nacional. Ello habría tenido que ver no sólo con la *mentalidad* de los grupos dirigentes vinculados con el modelo agroexportador, sino con la ausencia de intelectuales y funcionarios públicos que fomentaran desde el aparato del Estado el surgimiento y consolidación de un grupo social con potenciales transformadores y progresistas; ya que, a diferencia de Basualdo, no sería plausible concebir a la burguesía sólo como la clase de los empresarios en sí o dueños de fábricas, sino que “el concepto de burguesía incluye, al menos, a los intelectuales que promueven su avance, a los funcionarios públicos que la apoyan, a los políticos y a otras capas sociales dispuestas a acompañarla” (Schvarzer, 2003: 37).

Consideraciones finales

Tal como se ha visto a lo largo de este trabajo, son varios los estudios y enfoques que han abordado la cuestión de la burguesía como sujeto histórico. Sin embargo, todos ellos tienen como común denominador el hecho de focalizar dicha cuestión desde un solo punto de vista, soslayando la consideración de otras dimensiones pertinentes para el análisis.

Así, en los clásicos del marxismo el énfasis estaría puesto en la situación “objetiva” o material de la burguesía. Esta sería “revolucionaria” en virtud del lugar que ocuparía dentro de la estructura económico-social, el cual la compelería a transformar continuamente las fuerzas productivas materiales de la sociedad. El hecho de privilegiar el aspecto económico-estructural, tornaría a este enfoque muy proclive a incurrir en un

reduccionismo de tinte *economicista*, que omitiría todas las demás dimensiones, en especial la ideológico-cultural, que atraviesan y constituyen a los actores sociales.

De modo análogo, ciertos abordajes se han circunscripto a analizar la cuestión desde una óptica culturalista -tal como se vio al pasar revista a los trabajos de De Imaz y Cúneo para el caso argentino- señalando la tenencia o falta de algún atributo específico (status, conciencia de sí, creencias religiosas, etc.) que hiciera que la burguesía asumiera el rol que supuestamente estaba llamada a cumplir en los países menos desarrollados.

Otros trabajos han posado su atención en factores eminentemente políticos, como es el caso de los estudios pertenecientes a la “teoría de la dependencia”, que han interpretado la ausencia de desarrollo y surgimiento de una “auténtica” burguesía nacional como producto de las interdicciones que los países centrales, en especial a través de sus empresas transnacionales, habrían impuesto a las naciones periféricas.

Si bien todas estas corrientes, tienen su indudable valor heurístico y han servido como importante punto de partida para el análisis de la burguesía, no obstante resulta pertinente traer a colación otros enfoques teórico-metodológicos que permiten una comprensión más acabada del fenómeno.

En ese sentido, las propuestas de Acuña (1994) y O’Donnell [1978] (2008), resultan sumamente fructíferas para el estudio de la burguesía desde una perspectiva mucho más integral. Ambos autores enfatizan la necesidad de articular tres planos o niveles de análisis.

En el caso de Acuña se trataría de efectuar estudios teniendo en consideración el carácter co-determinante que tienen las variables estructural-económicas, político-institucionales e ideológicas sobre el comportamiento de la burguesía como actor colectivo. En ese sentido, es que Acuña aboga por evitar los reduccionismos de distinto tipo que conllevan un empobrecimiento del análisis. Por ello advierte sobre los riesgos que implica el hecho de usar teorías de nivel demasiado “macro” que soslayan algunos de los aspectos contenidos por las tres variables mencionadas. De ahí que haga hincapié en la necesidad de desagregar el estudio de la burguesía en teorías, al estilo de Merton, de alcance intermedio que incorporen la diversidad característica de los procesos históricos que forman parte de la constitución de los actores sociales (Acuña, 1994: 77).

De modo análogo, O’ Donnell [1978] (2008) ha sugerido que el estudio de una clase o fracción de clase debe necesariamente atender tres planos. En primer lugar,

habría que centrarse en el plano estructural, entendiendo por tal a la posición que se ocupa en el sistema productivo, y esto en dos direcciones principales: una de ellas referida a la posición de una determinada fracción de clase (en el caso de O' Donnell se trata de la llamada "burguesía local") en términos de sus relaciones económicas con otras fracciones de la burguesía, con las clases subordinadas y con el aparato del Estado; la otra, aludiría a una dirección "hacia adentro", que apunta a establecer la propia diferenciación estructural de dicha fracción. En segundo lugar, habría que ocuparse del plano de la organización corporativa, que en el caso de la burguesía se da a menudo bajo la forma de asociaciones o cámaras empresariales. Finalmente, habría que tomar nota del plano de actuación específicamente política de esas organizaciones, lo que supondría trascender la articulación de intereses sectoriales puntuales (en el marco de alianzas con burocracias estatales, partidos o movimientos políticos, u otros sectores sociales), para presentarse como portadoras de intereses generales de la sociedad por medio de alguna propuesta de organización política y económica de la misma (O' Donnell, [1978] 2008: 154-156).

En definitiva, ambos planteos trazarían las condiciones de posibilidad para evitar incurrir en explicaciones monocausales o, como diría Max Weber, en interpretaciones "unilateralmente materialistas" o "unilateralmente espiritualistas". Los enfoques teórico-metodológicos esbozados por Acuña y O' Donnell comportarían la ventaja de tener en cuenta el carácter abigarrado y complejo de los fenómenos sociales, proporcionando una clave interpretativa más sofisticada y rica en matices.

Bibliografía

- ACUÑA, Carlos (1994): "El análisis de la burguesía como actor político", en: *Realidad Económica*, n° 128, noviembre-diciembre, Buenos Aires, pp.45-77.
- BASUALDO, Eduardo (2006): *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Buenos Aires, FLACSO/Siglo XXI.
- (2003): "Notas sobre la burguesía nacional, el capital extranjero y la oligarquía pampeana", en: *Realidad Económica* n° 201, enero -febrero, Buenos Aires, pp.14-23.
- (2001): *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976 - 2001)*, Buenos Aires, FLACSO/Universidad Nacional de Quilmes/IDEP.
- CARDOSO, Fernando H. y FALETTO, Enzo [1969] (1999): *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- CHIBBER, Vivek (2005): "Reviving the developmental state? The myth of the 'national bourgeoisie'", en: *Socialist Register*, pp. 226-246.

- CÚNEO, Dardo (1967): *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires, Pleamar.
- DE IMAZ, José L. (1964): *Los que mandan*, Buenos Aires, Eudeba.
- FEINMANN, José Pablo (2008): *La filosofía y el barro de la historia. Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, Buenos Aires, Plantea.
- GALETTI, Pablo (2004): “¿Qué significa hoy la ‘burguesía nacional’?”, en: *Realidad Económica* n° 201, enero -febrero, Buenos Aires, pp.24-29.
- KEYNES, John M. [1936] (2007): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ, Andrés (2006): “Empresas, instituciones y desarrollo económico: un análisis general con reflexiones para el caso argentino”, en: *Boletín Informativo Techint* n° 320, mayo -agosto, Buenos Aires, pp.33-71.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich [1848] (1932): *El manifiesto comunista*, Madrid, Cenit.
- NOCHTEFF, Hugo (1994): “Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en la Argentina”, en AZPIAZU, Daniel y NOCHTEFF, Hugo *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina. Ensayos de Economía Política*, Buenos Aires, FLACSO / Tesis Norma.
- O’ DONNELL, Guillermo [1978] (2008): “Notas para el estudio de la burguesía local, con especial referencia a sus vinculaciones con el capital transnacional y el aparato estatal”, en: Guillermo O’ Donnell, *Catacumbas*, Buenos Aires, Prometeo.
- PEÑA, Milcíades (1974): *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, Fichas.
- SCHUMPETER, Joseph A. [1911] (1957): *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SCHVARZER, Jorge (2003): “De nuevo sobre la burguesía nacional. Una nota con fines didácticos”, en: *Realidad Económica* n° 201, enero -febrero, Buenos Aires, pp.30-43.